

arrojan del templo con grande ignominia, terminando aquella espantosa tragedia con la confusión más horrible de los delincuentes. ¡Terrible castigo para los profanadores del santo templo! Y si estas penas fulminó Dios contra los que cometieron abominaciones tales, en un lugar donde el Señor no residía más que en figura ¿qué lamentables daños no causará su justicia vengadora á los que los perpetren en su santuario Eucarístico? Horroricémonos ante semejante espectáculo y escarmentemos en cabeza ajena; teniendo presente que, el reverenciar los templos del Señor, no es puramente una acción devota que depende de nuestra mayor ó menor veneración hacia Dios, sino que además de ser muy natural, el que los súbditos y vasallos estén en silencio y mesura en el palacio de su Rey, es también un precepto impuesto por el mismo Dios á los hombres, según lo hallamos en el Levítico cuando nos dice: «Guardad mis sábados y temed mi santuario. Yo el Señor» (1).

(1) Sabbata mea custodite, et sanctuarium meum metuite: Ego Dominus. Levit 19, 30.



CAPÍTULO V

La dulzura de la Eucaristía y el sacerdocio de la Nueva Ley, vaticinados por las santas escrituras mencionadas.

I

Es una verdad de fe teológica, enjugadora de muchas lágrimas, que Dios, al mismo tiempo que infinitamente justo, lo es también misericordioso, en tanto grado, que (1) «la tierra está llena de su misericordia,» atributo que, según enseña la Madre de Dios, pasa (2) «de generación en generación sobre los que le temen». En este inmenso océano de la misericordia del Altísimo, se descubre una suavidad tan deliciosa, percibida por aquéllos que acaba de expresar la Virgen María, «los que temen al Señor,» que es imposible á la inteligencia humana concebir y á la rastrera lengua ponderar. Esta agradable suavidad la sintieron los Patriarcas y los Profetas y todos los que de veras amaron á Dios. Por eso, en los libros santos, la describen, inspirados por el Espíritu Divino, declarando proféticamente aquellas dulzuras inefables que el Cordero inmaculado había de conceder á los hombres por medio del Sacramento augustísimo. Pero veamos que es lo que dichas sagradas Letras nos anuncian.

(1) Misericordia Domini plena est terra. Ps.

(2) Et misericordia ejus á progenie in progenies timentibus eum. Luc. I 50.

En el libro de la Sabiduría esclama el Espíritu Santo: (1) «¡Oh cuán bueno y suave es, Señor, tu espíritu en todas las cosas!» y más abajo, repitiendo lo mismo, como saboreándose en la dulzura de Dios prorrumpe: (2) «Mas tú, Dios nuestro, suave eres.» La sucinta paráfrasis de estos versículos, la hace Sto. Tomás en el oficio de Corpus-Christi, cuando en la antífona del Magnificat exclama; (3) «¡Oh cuán suave es, Señor, tu espíritu, que para mostrar la dulzura de la Eucaristía á tus hijos, nos diste un pan suavísimo bajado del cielo! y como haciéndose eco de estas palabras, y prediciendo al mismo tiempo el Manjar Eucarístico, añade: (4) «En lugar de lo cual, alimentaste á tu pueblo con vianda de ángeles, y les diste pan del cielo, aparejado sin trabajo, que tenía en sí toda la delicia, y la suavidad de todo sabor. ¿Podremos negar ó titubear tal vez, que este sagrado texto hace referencia al Maná Eucarístico? A esto responde Alápide diciendo: que (5) el Maná de la Eucaristía es la comida de los ángeles, porque el mismo Cristo que nos apacienta en la Eucaristía, apacienta y hace bienaventurados á los ángeles con la visión beatífica. Mas atendamos á lo que expresan las palabras del verso. «En lugar de lo cual»; en lugar de los terribles castigos que enviaste á los egipcios, alimentaste á tu pueblo con dulce vianda de ángeles; esta es su explicación. ¡Qué misericordia la de Dios! Los egipcios fueron duros de corazón y rebeldes al Señor, merced á lo cual el brazo vengador del Eterno les humilló, cargándoles de horribles calamidades; pero á los hebreos, pueblo predilecto su-

(1) O quam bonus et suavis est, Domine, spiritus tuus in omnibus. Sabiduría, 12, 1.

(2) Tu autem Deus noster suavis... es. Sabid. 15, 1.

(3) O quam suavis est Domine, spiritus tuus, qui ut dulcedinem tuam, in filios demonstrares, pane suavissimo de celo prestito, dedisti nobis... Ofic. Corp. Christi.

(4) Pro quibus Angelorum esca nutriti populum tuum, et paratum panem de celo prestitisti illis sine labore, omne delectamentum in se habentem, et omnis saporis suavitatem. Sab. 16, 20.

(5) Manna Eucharistiae est angelorum esca, quia idem Christus qui nos pascit in Eucharistia, pascit beatque angelos in visione beatifica. Alápide. Sup. Sapient. c. 16, v. 20.

yo, les dió en cambio vianda de ángeles, no obstante sus frecuentes ingratitudes. He aquí cual sea el cuadro de la historia humana. A los bárbaros é infieles, que son duros de corazón, les niega Dios las sobrenaturales luces, no obstante que murió por ellos y quiere salvarles; y á los cristianos, su pueblo amado, nos alimenta con manjar de serafines, con su Cuerpo y Sangre, á pesar de nuestras repetidas iniquidades. ¡Cuán bien demuestra todo esto la dulce suavidad de nuestro Señor! Y en consecuencia ¡cuánto debe ser el gozo inexplicable que se experimenta por medio de la Eucaristía! Por este motivo se dirigía Salomón á Dios y le decía: «Tu substancia (el maná) mostraba la dulzura que tienes para con tus hijos» (1). Sí; la Eucaristía, verdadero y riquísimo maná, muestra la dulzura de Dios para con los cristianos. De semejantes delicias nos habla el libro del Génesis, cuando bendiciendo Jacob á sus hijos, exclama dirigiéndose á Aser: «Aser; su pan será jugoso y dará deleites á los Reyes» (2). S. Buenaventura enseña que por esta profecía se encuentra prefigurado el pan de la Eucaristía, y no sin razón, porque como afirma el P. Scio, la carne de Jesús fué tomada de la de María, la cual era de Nazareth, cuya ciudad perteneció á la tribu de Aser. «Vino nuevo, amigo nuevo: se hará añejo y lo beberás suave» (3). He aquí otra predicción del vino consagrado; porque según dice S. Fulgencio (4): «¿Qué significa el que este vino se hará añejo, si en el antiguo Testamento no aparece el símbolo del Nuevo? Entonces, pues, se bebe este nuevo vino con suavidad, añade el santo, si su significación y promesa se reconoce por el Testamento antiguo».

Hermosas son las promesas que el Espíritu Santo por medio del Eclesiástico, hace á los que temen á Dios y guardan su justicia; promesas que son otras tantas bellas predicciones de la Eucaristía. Dice así: *Le alimentará con pan de*

(1) Substantia enim tua dulcedinem tuam, quam in filios habes, ostendebat. Sabid. 16, 21.

(2) Genes. 49, 20.

(3) Eccli. 9, 15.

(4) Ep. 14 ad Ferrand.

vida y de entendimiento; agua de sabiduría, de salud, le dará á beber, y se afirmará en él y él no se doblegará» (1) lo cual interpreta alegóricamente Alápide de esta manera: (2) «Cristo que es la sabiduría del Padre y nuestra, como Pan divino, nos apacienta realmente en la Eucaristía, y así nos vivifica y nos hará resucitar á la vida inmortal, según aquello de S. Juan: (3) «*Porque el pan de Dios es Aquél que descendió del cielo y da vida al mundo;*» pues este Pan divino está destinado para alimento de las almas, y para hacerlas vivir eternamente, según dice el P. Scio. Este pan de vida y de entendimiento, como afirma Tertuliano al hablar de la oración del Pater noster (4), «se ha de entender espiritualmente. Cristo es nuestro pan, añade, porque Cristo es la vida del alma, así como el pan material es la del cuerpo. Y así, pidiendo el pan cotidiano, pedimos la perpetuidad con Cristo é individuidad con su Cuerpo.»

El agua de sabiduría que menciona el citado texto sagrado, es aquella de que nos habla Nuestro Señor Jesucristo por S. Juan, cuando decía á la Samaritana: (5) «*Si supieses el don de Dios, y quien es el que te dice, dame de beber, tú de cierto le pidieras á él y te daría agua viva;*» y como explica más abajo, porque: (6) «*Todo el que bebiere del agua que yo le daré, nunca jamás tendrá sed; y se hará en él una fuente de agua que saltará hasta la vida eterna.*» Esta agua viva es su gracia, que se comunica por medio de los sacramentos, especialmente por el de la Eucaristía, y di-

(1) Cibabit illum pane vitæ et intellectus, et aqua sapientiæ salutaris potabit illum: et firmabitur in illo, et non flectetur. Eccli. 15, 3.

(2) Christus qui est Patris nostraque sapientia, seipso quasi pane divino nos realiter pascit in Eucharistia, itaque nos vivificat et faciet resurgere ad vitam inmortalem juxta illud...

(3) Joan. VI, 33: Panis enim Dei est, qui de cælo descendit, et dat vitam mundo. Alap. in Eccli. 15, 3.

(4) Spiritualiter potius intelligamus. Christus enim panis noster est quia vita Christus et vita panis... Itaque petendo panem quotidianum perpetuitatem postulamus in Christo et indivituitatem in corpore ejus. Tertulianus lib. de oratione Dominica.

(5) Si scires donum Dei, et quis est qui dicit tibi: Da mihi bibere: tu forsitan petisses ab eo, et dedisset tibi aquam vitam. Joan. 4, 10.

(6) Omnis qui biberit ex aqua, quam ego dabo ei non sitiet in æternum... fiet in eo fons aqua salientis in vitam æternam. Joan. 4, vv. 13 14.

ce que, el que la bebiere jamás tendrá sed, porque despreciará el gusto y el deseo de los bienes perecederos, estando, como se supone, lleno de la caridad del Espíritu Santo. (1) «Tal felicidad, como asegura el P. Scio, no se cumplirá en toda su perfección en la vida presente, sino cuando este cuerpo corruptible fuere revestido de una inmortal bienaventuranza». Prosigue el texto mencionado asegurando, que la Sabiduría «se afirmará en él y él no se doblegará;» porque el que está bien arraigado en la celestial sabiduría que es Jesucristo, ni las perturbaciones y calamidades de la vida podrán abatirle, ni menos arrancarle de la tierra fructífera en la que está plantado.

El Verbo de Dios, al dictar al rey Salomón el sagrado libro de los Proverbios, parece que en una de sus hermosas expresiones, se adelanta á la plenitud de los tiempos, y como si hubiese instituido ya la Eucaristía santa, exclama: (2) «*Mis delicias son estar con los hijos de los hombres;*» ¿por qué razón, dulce Jesús? ¿acaso podrás reportar alguna ventaja de nosotros? Siendo como somos tan ingratos, y que apenas devolvemos amor por amor, afirmas que tus delicias son el estar con nosotros? Es que Jesús nos ama tanto, que afirma Alápide: (3) «Cristo desea sumamente descansar y reposar en nuestras almas, y en ellas habitar como en su templo y sagrario», no porque así lo merezcamos, sino porque su ardiente caridad para con nosotros en la Eucaristía, es inefable. La prueba de esto nos la presenta el Espíritu Santo, por Salomón; quien en el libro de la Sabiduría (8, 16) nos dice: «*Su conversación no tiene amargura, ni tedio su trato, sino alegría y gozo.*» ¡Qué bello panegírico de la Eucaristía!

En este dulce Misterio encontramos ciertamente lo que en un fiel amigo, porque así como no hay cosa más dulce que hallarse cada uno en compañía de su mayor amigo, así no

(1) Comentarios sobre el cap. 4.º de S. Juan. Scio.

(2) Delitiæ meæ, esse cum filiis hominum. Prov. 8, 31.

(3) Quia Christus summe desiderat in animabus nostris quiescere in iisque quasi in templo et sacrario suo habitare. Alápide. super. Prov. cap. 8, vers. 31.

existe otra compañía más alegre, más tranquila y pacífica que la de Jesús Sacramentado, porque en Él hallamos las delicias que Él experimenta con los hombres. Para obtener semejantes inefables delicias, adoptó el Eterno varios medios, que son los que insinúa el mismo libro de los Proverbios. (1) «*La sabiduría edificó casa para sí y cortó siete columnas,*» palabras que se entienden del templo y altar eucarístico, pues como asegura S. Atanasio: (2) «*La sabiduría puso la mesa del sagrado altar, en la cual, se pone para comer y beber, el pan; esto es, el sacrosanto Cuerpo de Cristo y su Sangre.*» Las columnas que cortó, significan los siete dones del Espíritu Santo, que se otorgan á los que reciben la Eucaristía, para sostener el edificio del corazón humano. Prosigue y dice: (3) «*Inmoló sus víctimas, mezcló el vino y dispuso la mesa;*» verso que la santa Iglesia canta en la fiesta y octava del Augusto Sacramento, y que según explican los (4) SS. Ambrosio y Agustino; (5) esta inmolación de víctimas, pretende significar que la Sabiduría increada, al venir al mundo, ofreció de sí mismo un sacrificio en la cruz y otro en la cena, que aunque diversos en la acción, son un solo y mismo sacrificio en lo que respecta á la ofrenda y su propia eficacia. «*Mezcló el vino*» en el cáliz de bendición, pero lo mezcló con agua, acción que los sacerdotes practican en el santo Sacrificio de la misa, ya porque lo ejecutó así Nuestro Señor Jesucristo, como cree el santo (6) Concilio de Trento y aseguró el de Cartago; ya porque esta unión del vino con el agua representa la unión del pueblo fiel con Cristo, ora también porque del costado de Jesucristo manó á un mismo tiempo, sangre y agua. Esto obró la Divina Sabiduría, para que el hombre bebiese hasta embria-

(1) Sapientia ædificavit sibi domum, excidit columnas septem. Prv. 9, 1.

(2) Sapientia posuit mensam sacri altaris, in quo panis: id est, sacrosanctum Christi corpus, et sanguis edendus et bibendus proponitur. S. Atanas. in disput. contra Arium in Conc. Nic.

(3) Inmolavit victimas suas, miscuit vinum, et proposuit mensam suam. Prv. 9, 2.

(4) S. Ambros. De fide. lib. I, cap. 7.

(5) S. Agustinus. De civitate Dei. Lib. 17, cap. 20.

(6) Conc. Trid. sess. 22. cap. 7.

garse espiritualmente del cáliz de salud, de tal modo, que despreciase los bienes caducos y hasta su misma vida por percibir el río de celestiales delicias que sale de la Sangre del costado de Cristo, prestada por medio del cáliz Eucarístico. «*Puso su mesa,*» añade el mismo verso, para alimentar con su propia substancia á los que no debían vivir sino para Aquél que había muerto por ellos.

Pero es admirable la manera con que el libro de los Proverbios va narrando las peculiares obras del amor de Cristo Sacramentado. (1) «*Envió sus criadas,*» esto es, los apóstoles y predicadores, para que congregasen á los pueblos en las iglesias donde está el Santo de los Santos, y fuesen aquí instruidos y alimentados con la Carne y Sangre del Cordero Divino. «*A fin de que llamasen para el alcázar,*» lugar, que como dice Alápide (2), «*es el templo y sinagoga edificada en el monte Sión, esto es, la Iglesia Cristiana que, por la predicación de Cristo y los apóstoles, fué incoada en el mismo lugar;*» de donde se puede concluir que el Espíritu Santo se refiere en este verso á la Iglesia y al Santísimo que guarda depositado ricamente en sus altares.

Consideremos ahora, de que manera Jesús Sacramentado nos llama á su mesa, á fin de que celebremos su regalado convite. (3) «*El que es párvulo venga á mí;*» exclama. No excluye á los sencillos de corazón ni á los indigentes, sino que, dirigiéndose á todos éstos, dice: (4) *Venid, comed mi pan y bebed el vino que os he mezclado.* ¡Extraña generosidad del Hombre-Dios! Este revelador versículo lo explica Alápide, (5) asegurando, que: «*el párvulo ó niño y el insi-*

(1) Misit ancillas suas, ut vocarent ad arcem, et ad moeniam civitatis. Prv. 9, 3.

(2) est templum et sinagoga in arce Sion ædificata ac Ecclesia Christiana quæ prædicante Christo et Apostolis in eodem loco inchoata est. Alapide. in Salomon. Prv. 9.

(3) Si quis est parvulus veniat ad me. Prv. 9, 4.

(4) Venite, comedite panem meum, et bibite vinum quod miscui vobis, id. 5.

(5) Parvulus et insipientibus idem est... Sub quo allegoria intellige epulum Eucharistiæ quod comedendum est ore et stomacho corporali, tum spirituali, puta, attenta meditatione, oratione, desiderio, amore, humilitate, animique unione cum Christo sumendum et rumiandum. Omnes ergo hoc invitat Sapientia, id est Christus. Alápide id.